

LO ARABIGO Y LO AFRICANO EN EL SUDAN, DESPUES DEL GOLPE DE ESTADO

Es un hecho sobradamente sabido el de que la república del Sudán, con sus 2.505.813 kilómetros cuadrados, constituye el mayor país del continente africano. Sin embargo, frecuentemente se olvida esta realidad inicial sudanesa, a la cual se añaden otros factores de emplazamientos y de contenidos humanos. Físicamente y gracias a cruzar por allí el Nilo, que, viniendo de los grandes lagos afro-tropicales, enlaza al Sudán con el Mediterráneo a través de Egipto, Sudán ha escapado a la separación que en el resto del continente el Sahara desértico establecía como barrera casi infranqueable entre el Africa berberisca y los países negros. En lo humano, Sudán fue punto de refugio de restos de la cultura faraónica, así como de otros de la Arabia de Saba, y punto de cruce de la gran civilización del Islam con las culturas negras locales de las áreas del Níger. Hoy la población sudanesa tiene mezclas raciales de árabes, de camitas berebizados, de etiopes y de negros puros con un predominio de gentes de pieles oscuras.

Consideradas, por ejemplo, desde Europa Occidental todas estas características geográficas del Sudán parecen unas divagaciones superfluas; pero realmente constituyen uno de los mejores preparativos para explicar el ambiente en que aquel país viene evolucionando desde su independencia, que fue proclamada el 1 de enero de 1956. Por otra parte, la evolución se ha hecho con saltos bruscos, que han ido alternando etapas, casi siempre provisionales y generalmente contradictorias. Así, la que comenzada en octubre de 1964 ha terminado con el golpe de Estado de fin de mayo de 1969.

Aquella fecha de octubre de 1964 fue la de un movimiento popular general, con una acumulación de huelgas, manifestaciones callejeras en las capitales, luchas y repercusiones en las provincias del Sur, etc. Todo aquello tendía al objetivo de que se promulgase una «constitución igualitaria aceptable para todos los ciudadanos». El resultado fue (desde el 15 de no-

viembre) la formación de un Consejo de Soberanía con cinco miembros que representaban a los grandes partidos-movimientos políticos tradicionales. El 8 de julio de 1965 fue elegido como presidente de dicho Consejo de Soberanía el jefe del partido unionista, Ismail Al Azhari, que de hecho asumió la mayor parte de las atribuciones de un jefe de Estado. Entre tanto se volvió a gobernar según una constitución provisional que había sido adaptada en diciembre de 1955 (es decir, un mes antes de la independencia). Pero se trataba de llegar a establecer la deseada y varias veces anunciada constitución permanente.

Desde noviembre de 1965 los gobiernos de coalición que se iban sucediendo pasaron a estar bajo el control preferente del partido llamado «Umma», dirigido por los descendientes y familiares de aquel célebre agitador religioso llamado Muhammad Ahmad Al Mahdi, cuyos partidarios dominaron por la violencia hasta que en 1898 fueron derrotados por las tropas anglosajonas que mandaba lord Kitchener. Durante el posterior condominio teórico de Gran Bretaña con Egipto (que en realidad era un dominio colonial inglés), el mahdismo se rehizo utilizando a la vez dos instrumentos principales: es decir, una cofradía religiosa islámica muy rigurosa y el partido político «Umma» (la una y el otro de carácter cerradamente conservador). En cambio, el islamismo liberal y tolerante contaba como principales factores con la cofradía «mirghaniva», el partido unionista de Ismail Al Azhari y el partido demócrata-popular. En sectores aparte actuaban desde la independencia un «Frente anti-imperialista» y un minúsculo partido comunista. Todos ellos en las zonas nórdicas y centrales del país, que son de formación y estructura social musulmanas. En cuanto al Sur, entre pagano y cristiano, ha tenido cuando ha podido partidos propios federalistas; como el Partido Liberal del Sur y la Unión Nacional del Sudán africano.

Desde la conquista indirecta y la efectiva ocupación colonial inglesa (después de la batalla de Omdurman en 1896) hasta poco después de la segunda guerra mundial, el mahdismo siguió siendo el protagonista sudanés de toda la política externa. Dirigidos por un hijo póstumo del Mahdi y luego por los nietos, sobrinos, etc., los antiguos feroces derviches que habían matado a Gordon en Jartum se transformaron en un partido conservador encuadrado por terratenientes feudales y exageradamente anglófilos. Era para que el Sudán no volviese a reincorporarse a Egipto, bajo el cual la «mahdiya» habría sido neutralizada y absorbida. Así, hacia 1950 (y con más fuerza en ocasión de la revolución egipcia de 1952) los elementos liberales y centralistas

sudaneses fundaron los partidos unionistas que querían integrarse con Egipto en un dualismo federal. Deseo que alcanzó su apogeo cuando gobernaba en El Cairo el general Naguib, pero que se fue apagando después de pasar todo el poder a manos de Nasser.

Desde abril de 1955 todos los partidos del Sudán quedaron de acuerdo en que su país debía ser un Estado totalmente independiente. Los distintos partidos equilibraban sus influencias (y sus pugnas) dentro de la constitución provisional, que era sólo un compromiso entre tendencias del todo contrarias. En enero de 1956 pudo formarse un gobierno de unión nacional, presidido por el jefe unionista Ismail Al Azhari; pero se deshizo por la presión de los elementos izquierdistas que pedían reformas económicas e igualdad de derechos sociales, mientras que los partidos «negros» del Sur reclamaban con urgencia la autonomía para el grupo de sus tres provincias.

Entre tanto, los del Umma siempre habían pensado y deseado que si los ingleses dejaban el poder en el Sudán, el mahdismo debía recogerlo para instaurar una especie de «imperialismo teocrático». Como eso les falló, buscaban por lo menos crear un frente islámico tradicionalista. En marzo de 1958 unas elecciones permitieron al Umma encabezar una coalición que apoyaban también los «musulmanes moderados» y los semi-fascistas «hermanos musulmanes». Aunque el parlamento que se había formado sólo funcionó entre constantes tumultos y tuvo que declararse en vacaciones indefinidas.

El 17 de noviembre de 1958, el general Ibrahim Abbud, comandante en jefe del ejército, se apoderó del poder instaurando un poder personal; pero detrás de la cortina los jefes mahdistas y sus aliados seguían orientando la política. Lo que pasaba es que Abbud se había puesto a reprimir los grupos pro-egipcios, los liberales y los federalistas, aunque lo hizo en beneficio de un programa propio en el cual figuraba la represión de los sudistas a sangre y fuego. El régimen de dureza de Abbud se derrumbó después de una huelga general en octubre de 1964. Luego se formó un gabinete pacificador de personalidades civiles más o menos moderadas, presidido por Sir el Jattm Jalfifa con el programa de «establecer un régimen constitucional pluripartidista de igualdad». En marzo del año siguiente hubo una tabla redonda de todos los partidos, acordando dar a los del Sur «paz interna y autonomía administrativa». Pero todo fue sólo de palabra.

En noviembre de 1965 el mahdismo volvió al poder, formándose un gobierno presidido por Sadiq al Mahdi. Dicho gobierno, después de lanzar un «últimátum» a los del Sur, realizó contra ellos otra represión cruel, a la vez

que varios cientos de miles de sudistas tenían que huir a Uganda, Congo, Abisinia, etc. Por aquello y otras causas de violencia, Sadiq el Mahdi tuvo que dimitir en mayo de 1967. Pero los gobiernos de coalición que le siguieron (antes y después de las elecciones parlamentarias de mayo de 1968) continuaron orientados por Ahmed Mahgub, representante del ala más cauta dentro del mahdismo.

El golpe de Estado que tuvo lugar en Jartum durante la noche del 24 al 25 de mayo fue una sorpresa total. Lo organizaron y llevaron a cabo un grupo de jóvenes jefes y oficiales («oficiales libres»), utilizando sobre todo fuerzas de tanques y de paracaidistas que confluyeron silenciosamente sobre la capital. Ocuparon el aeropuerto, la estación y la radio, al mismo tiempo que detenían en sus domicilios al jefe del Estado, Ismail Al Azhari, y al jefe del gobierno Ahmed Mahgub, que quedaron en residencias forzadas. Al mismo tiempo se anunciaron la proclamación del estado de excepción y la disolución del parlamento, a la vez que los diputados eran enviados a sus respectivas provincias. También se dijo por radio que el país recibía desde aquel momento el nombre de «República Democrática Sudanesa». Y se suspendieron tanto el funcionamiento legal de los partidos como la publicación de los periódicos. Aunque el 26 volvieron a reanudarse las comunicaciones aéreas y terrestres.

Un rasgo característico del golpe de mayo fue el de que no se derramase ni una gota de sangre. Pudo influir el que la víspera se había celebrado una festividad religiosa musulmana, y por ello toda la gente se había acostado tarde, estando así las calles vacías cuando las tomaron las fuerzas armadas. Después se supo que el principal organizador había sido el coronel Gaafar el Nemeiri (nombrado desde aquel mismo momento general, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y presidente del Consejo de la Revolución). En unas primeras declaraciones hechas a un periodista egipcio, el general Nemeiri insistió en explicar que el golpe de Estado no era para implantar una dictadura ni para contrarrestar los intereses de las masas del pueblo del Sudán, sino que había sido motivado porque los organizadores de la protesta civil de octubre de 1964 no habían cumplido sus objetivos de instaurar un sistema igualitario popular. En el actual nuevo régimen implantado por las armas (subrayó Nemeiri) los militares sólo se han reservado los puestos directivos de la seguridad interior y exterior, correspondiendo el resto a los civiles.

Esta orientación pareció reflejarse en la formación del nuevo gobierno

que prestó juramento el 26. El primer ministro Abu Bakr Awadallah, ex-presidente del Tribunal Supremo, hizo notar que los miembros del nuevo gabinete no habían sido escogidos por sus convicciones políticas, sino «en razón de su nacionalismo, su incorruptibilidad y sus capacidades técnicas». Efectivamente, en dicho gobierno sólo figuraban dos militares entre sus veintidós miembros. Diez de entre ellos son destacados universitarios (varios procedentes de universidades norteamericanas) y destacan como expertos en medicina, sociología, cuestiones jurídicas, etc. Dos de entre ellos son los mejores técnicos en agronomía y obras públicas en todo el sector africano centro-oriental.

Desde el Oeste europeo, las primeras impresiones que se tuvieron y expresaron respecto al nuevo régimen de Jartum fueron las de que representaban un giro hacia la U. R. S. S. Esta creencia fue estimulada porque una de las primeras decisiones del nuevo gabinete de Jartum fue apresurarse a reconocer diplomáticamente a la Alemania del Este. Pero luego se supo que la aproximación al gobierno de Pankow era una reacción contra la actitud de apoyo al sionismo y a Israel, que vienen manifestando los gobernantes alemanes federales de Bonn.

Por otra parte, también es cierto que el golpe del 25 de mayo ha puesto a la cabeza de la república del Sudán el equipo más auténticamente de izquierda que el país haya conocido. El presidente Abu Bakr Awadallah destacó cuando, siendo presidente del Supremo, condenó la prohibición del partido comunista, alegando que se había hecho en forma anti-constitucional. Hay en el actual gobierno tres ministros de tendencias comunistas y nueve del partido socialista, con su presidente Amin Taer Chibly. Pero también figuran dos cristianos del Sur y los referidos técnicos neutros.

El general Gaafar el Nemeiri ha dicho repetidamente: «La revolución no es comunista, sino nacionalista, y nuestro objetivo es construir un tipo de socialismo democrático adaptado a las realidades humanas del Sudán.» Por su parte, el primer ministro ha declarado en su primera conferencia de prensa, ante cincuenta periodistas árabes y de las agencias internacionales de información y radiodifusión, que la política exterior sudanesa se basará en la no-alineación, la lucha contra el colonialismo y la igualdad racial. Las relaciones con todas las grandes potencias «dependerán de las actitudes que éstas adopten respecto a los derechos del pueblo árabe de Palestina».

La cuestión palestina fue asimismo el punto central de un recorrido que una delegación sudanesa del Consejo de la Revolución dirigida por el co-

mandante Maamún Awad Abu Zeid hizo desde el 18 de junio por El Cairo, Beyrut, Ammán y Bagdad, yendo luego hasta Argel. En Ammán los miembros de la delegación dijeron que el apoyo a la causa palestina era una «cuestión básica» del nuevo régimen sudanés. Esto se interpretó en el sentido de una ayuda directa a los grupos guerrilleros de la «resistencia» de Yasser Arafat, los cuales podrán tener en el Sudán campos de entrenamiento y reserva.

Junto a Palestina, teóricamente (y acaso en la realidad antes y más que ella) preocupa a los dirigentes sudaneses el establecimiento de una «colaboración total» con la R. A. U. en el ambiente de la «hermandad del Valle del Nilo». En el mensaje radiado que siguió a la formación del gobierno sudanés dijo Abu Bakr Awadallah: «La R. A. U. está íntimamente ligada al Sudán. Siempre le ha ayudado en su lucha de liberación y le ha abierto las vías del conocimiento y de la luz en el curso de los siglos. Estamos unidos a Egipto por lazos de sangre, de historia, de idioma y de esperanzas. En sus relaciones con el Sudán, Egipto ha de tener una posición privilegiada.» Y el 19 de junio se anunciaba el proyecto del general Nemeiri de hacer una visita especial al presidente Gamal Abdel Nasser, a quien en Jartum se elogia como «adelantado del arabismo». Uno de los efectos de dicha visita podría ser el aumento y reforzamiento de los núcleos de tropas sudanesas que están combatiendo en el Canal de Suez junto al mando egipcio y contra los israelíes. También se prevé nuevos vínculos económico-sociales y la coordinación de todas las líneas de comunicaciones entre El Cairo y Jartum.

Lo más original de estas muestras de arabismo activo es que por primera vez en la historia del Sudán independiente no se ejercen fuera ni en contra de lo africano, sino en un sentido complementario. Según ha dicho un portavoz del gobierno de Awadallah, lo más absurdo era que el Sudán, «donde se articulan los mundos árabe y africano», hubiese dejado escapar la suerte de esa misión y en vez de enlazar a esos mundos hubiese tratado de hacerse a espaldas de ambos. Y el mismo Awadallah ha dicho: «Nuestro arabismo no se opone a nuestro africanismo, pues los dos forman un mismo eje de estabilidad.»

Una de las primeras y principales medidas fue, el 10 de junio, la proclamación por parte del general Gaafar el Nemeiri de un programa en cuatro puntos para tratar de satisfacer las aspiraciones de los habitantes del Sur, en las tres provincias ecuatoriales. Se trata de que tengan plenos derechos a la autonomía regional. Los miembros del Consejo de la Revolución reco-

nocen que existen diferencias históricas entre el Norte y el Sur, en la cultura y la tradición. Al mismo tiempo existe una unidad geográfica que debe preservarse. Por eso debe hacerse una igualdad entre el Norte y el Sur respecto a los derechos comarcales, dentro de una unidad socialista. Así se extiende la amnistía para quienes tomaron parte en las anteriores revueltas sudistas y se dan garantías para el regreso de los exilados. También se ha nombrado ministro encargado de los asuntos del Sur a un autonomista sudista: Joseph Garring.

Fuera del Sudán, el país vecino de mayor interés respecto a la deseada «reafricanización» es Abisinia o Etiopía, tanto por su propio Estado como por ser Addis Abeba la sede de la Organización de Unidad Africana O. U. A. Parece posible que se establezcan nuevos vínculos directos entre Jartum y Addis Abeba y que esto se haga, en gran parte, a través de la R. A. U. Al menos el emperador de Etiopía, Hailé Selassie, que el 15 y 16 de junio realizó una visita oficial al presidente Abdel Nasser, dedicó parte de sus mutuas conversaciones a tratar de las relaciones sudanesas-etíopes.

A última hora del mismo mes parecía deducirse que tanto los planes internos dentro del Sudán, como los referentes a las grandes potencias y la O. N. U., los de la OUA, los de la Liga Árabe y los del conjunto de los países del Tercer Mundo quedaban englobados en una misma corriente de preocupaciones tácticas e ideológicas, referente a que el Sudán se ponga al lado de todas las tendencias anticolonialistas, racistas, etc., que surjan en cualquier país o continente. Aunque estas manifestaciones no lleguen a tener efectividad positiva, pues el mismo Sudán está por ahora poco desarrollado y no puede actuar seriamente sobre nadie.

En lo positivo o en lo negativo, las decisiones parecen estar en manos del general Nemeiri, puesto que los ministros civiles dicen que se dedicarán a poner en orden los servicios públicos despolitizándoles. Gaafar El Nemeiri (además de actuar como efectivo jefe del Estado) se ha reservado en el gobierno la cartera de Defensa, secundado por el coronel Faruq Osman, que es ministro del Interior.

Gaafar Mohammed el Nemeiri, hombre de origen modesto, terminó sus estudios en la Academia Militar de Jartum (academia militar de formación británica) en 1952, es decir, el mismo año en que en El Cairo era destornado el rey Faruq (que se llamaba a sí mismo «Rey de Egipto y Sudán»). Nemeiri era también entonces defensa del equipo de fútbol de Qudurman, y a la vez se entusiasmaba por el estudio de la literatura árabe. En los años

posteriores sirvió como oficial apolítico y disciplinado; distinguiéndose en el curso de una campaña contra los guerrilleros del Sur, donde se apoderó de un arsenal después de una marcha de doce días a través de la selva. Pero desde el Sur regresó con la convicción íntima de que sería imposible construir una patria firme y sólida sin tener en cuenta los derechos y las aspiraciones de los habitantes meridionales.

Así Nemeiri, poco antes de 1964, se agregó a un grupo de oficiales descontentos que hacia 1959 habían creado una organización clandestina, contraria al establecimiento de oligarquías como las que representaban los políticos mahdistas y los unionistas. La organización apoyó el movimiento callejero de 1964, del cual se esperaba la participación efectiva de la mayoría de la población en los asuntos públicos. Como aquella esperanza falló, los descontentos clandestinos decidieron pasar a la acción y prepararon un comité ejecutivo a cuya cabeza se llegó a poner Nemeiri. Los catorce montaron el golpe del 24-25 de mayo, en el cual lo más curioso fue que la fuerza que tomó Jartum y detuvo a los gobernantes sumaba sólo 425 soldados.

El porvenir inmediato del nuevo equipo en que destacan Nemeiri y Awadallah, parece asegurado, porque los antiguos núcleos políticos están desacreditados y desperdigados, aunque el hecho de que todos los principales jefes de los partidos hayan sido encarcelados, puede hacerles aparecer como mártires, y así recuperen influencia y partidarios. El porvenir futuro no está tan claro; y acaso para Nemeiri y los suyos dependa de que se integren en el grupo de los regímenes árabes que se califican a sí mismos de «progresistas neutros»; es decir, la RAU, Siria, Iraq, Yemen y en cierto modo Argelia. De ellos esperan en Jartum alientos para que les ayuden a reforzar el ejército sudanés, que ahora sólo cuenta con 18.000 soldados, aunque el país tenga 14.350.000 habitantes.

Desde fuera y desde lejos del Oriente árabe y del Africa Oriental, las potencias se mantienen a la expectativa. La U. R. S. S. guarda un prudente silencio oficial (aparte elogios sueltos de la prensa moscovita). Francia se ha desentendido, Gran Bretaña ha expresado una simpatía verbal, los Estados Unidos se ven privados de hacer nada, en vista de su nexos con Israel. Sólo la China de Mao Tse-Tung se dispone a enviar a Jartum una misión de información y sondeo.

RÓDOLFO GIL BENUMEYA

CRONOLOGIA

